

Andrés Rivera Hernández

Fuga en Do Mayor

Fuga en Do Mayor

Fuga en Do Mayor

© 2018, Andrés Rivera Hernández
Todos los derechos reservados.
andrivher@hotmail.com

Cubierta:
© Lou Oates

ISBN: 9781723871504

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la repografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*A mis pacientes,
por su paciencia.*

*A mis amigos,
los de siempre.*

*Mientras no niegue la condición humana,
divinizándose a sí mismo,
el hombre adora sin pecar
la piedra de la arcilla.*

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

1.

El intercomunicador de la oficina timbró. Berlioz Sánchez lo dejó sonar tres veces antes de levantar la bocina.

—Doctor, la señora Lorena Fernández está en la sala de espera — le anunció Doris, su secretaria.

Berlioz trató de poner las cosas en su lugar. Le tenía terminantemente prohibido a la encargada del aseo tocar la pila de fólder y papeles desparramados sobre su escritorio. Miró el reloj redondo de números romanos que colgaba de una de las paredes. Su clienta llegaba con diez minutos de anticipación.

«¡Hola, mi viejo! ¿Cuándo diablos vas a comprar un celular? Te mandé una persona muy especial a la oficina. Se llama Lorena Fernández. Te la recomiendo. Llámame y me cuentas cómo te va». Berlioz recordó el mensaje de su amigo Carlos Tamayo, grabado la víspera en el contestador telefónico de su apartamento.

La oficina de Berlioz estaba ubicada en el décimo piso de un edificio construido hacía tres décadas. Durante años la había compartido con otros dos socios. Clavada en la puerta de entrada se leía: «Sánchez, Londoño y Tamayo. Abogados Asociados». Luego, la sociedad se había disuelto. Él había comprado el inmueble, se había quedado con la oficina más espaciosa y había alquilado las otras dos.

Berlioz se levantó del sillón y enderezó una serie de cuadros clásicos que adornaban la pared de madera, en su mayoría litografías alusivas a la caza de patos y faisanes en campiñas inglesas. Buscó espacios libres en los anaqueles de la biblioteca para acomodar media docena de libros, apiñados sobre una mesita auxiliar.

Se dirigió a la puerta de entrada y desde allí contempló la oficina, como si la viera por primera vez. Le costó trabajo desprenderse de la costumbre de más de veinte años para no verse apoltronado en el sillón giratorio con brazos de madera, detrás del escritorio de estilo inglés. Paseó su mirada por todos los recovecos. El tapete marrón estaba pelado en varios puntos y el terciopelo rojizo de arabescos, que tapizaba las dos sillas ubicadas frente al escritorio, ya estaba descolorido. Una biblioteca de cedro ocupaba la pared más amplia de la oficina. La había alimentado con un sinnúmero de libros de Derecho Penal, además de ediciones de lujo de autores universales de novela y poesía.

El reloj de pared marcó las cinco en punto de la tarde. Se sentó de nuevo en el sillón, lo giró hacia la izquierda, se agachó, abrió un minibar, se sirvió un güisqui doble sin hielo y lo bebió. Luego encendió un Pielroja sin filtro, le pegó tres chupadas y lo apagó contra un cenicero de vidrio grueso. Esperó unos minutos y se encaminó al baño privado donde contempló su rostro en el espejo, se lavó la cara con agua fría, enderezó el nudo de su corbata, se peinó, hizo un buche con enjuague bucal y se puso la americana que colgaba de un gancho.

Su clienta vestía un sastre de marca, con una camisa de seda blanca. De su cuello colgaba un collar de perlas de buen tamaño. Su cabellera frondosa, de color negro, y sus cejas gruesas, le daban un aire juvenil y algo salvaje. Sus ojos eran verdes claros, tenía una nariz recta y unos labios carnosos. Le calculó treinta y siete años como máximo. Aspiró con agrado la fragancia dulce y discreta que la perfumaba. La mujer se sentó con desparpajo, cruzando unas piernas bien torneadas.

—Doctor Sánchez, vengo recomendada por un colega y amigo suyo, Carlos Tamayo. ¿Le molesta si fumo? —sacó un Kool *light*. Berlioz le acercó el cenicero, le ofreció fuego de su encendedor y prendió un Pielroja para acompañarla.

—Sí, Carlos me la recomendó. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Imagino que todo lo que vamos a hablar acá es confidencial —lo miró directo a los ojos mientras aspiró el cigarrillo. Las volutas de humo se demoraron en desaparecer, coloreadas de azul por la contraluz de la tarde que pegaba de frente contra el ventanal de la oficina.

—Por supuesto. El oficio de los abogados es como el de los médicos y los sacerdotes —abrió una libreta de apuntes y empuñó su bolígrafo—. ¿Desea algo de tomar? ¿Un tinto? ¿Una aromática?

—No, muchas gracias doctor.

Siguió un silencio tenso, roto por el abogado.

—Soy todo oídos, señora.

—Bueno, verá. El motivo que me trae acá, y me da pena reconocerlo, es bastante desagradable. El caso es que estoy segura de que mi marido tiene una amante —bajó la mirada y esperó unos segundos antes de continuar—. De unos meses para acá desconozco a Camilo; no es el mismo hombre con el que me casé, se comporta diferente, lo siento raro. He tratado de encararlo para que me confiese qué le pasa. Obviamente, niega cualquier cosa. Dice que ando estresada y me imagino cosas. Hemos discutido varias veces. Camilo me trata de convencer de qué, con la convivencia, el matrimonio cambia. Insiste en que debo aceptarlo, que es normal que la relación se enfríe pero que eso no implica que haya dejado de amarme o que exista otra mujer en su vida —hizo una pausa, botó la ceniza del cigarrillo y aspiró otra bocanada—. Sin que se diera cuenta espíe el buzón de llamadas de su celular, esculqué su billetera, revisé todos los extractos de sus tarjetas de crédito, hasta descubrí su clave de acceso a internet y navegué por su

correo electrónico —se llevó mecánicamente la mano a la cabeza y se acomodó unos mechones de pelo con un gesto femenino.

—¿Encontró algo importante?

—Para serle honesta, absolutamente nada. Camilo es muy astuto, pero mi intuición femenina nunca me ha fallado. Sé que no me equivoco —se acomodó el cuello de la blusa antes de proseguir—. Mi marido no tiene ni idea de que estoy aquí. Para él, nuestro matrimonio es perfecto. Me complace con joyas, ropa de marca, viajes, pero para mí, todo eso es secundario. De ser cierta mi corazonada, no pienso tolerar su infidelidad.

Le resumió que llevaba seis años casada con un hombre inteligente, egresado de una de las mejores universidades del país, con especializaciones en el extranjero, conocido por sus negocios en el sector petrolero, amigo de políticos y miembro de la *high* capitalina.

—Es un tipo encantador; tiene palito para caerle bien a todo el mundo —la mujer aplastó la colilla del cigarrillo contra el cenicero—. Camilo cumplió cuarenta y seis años y se ha separado dos veces. Tiene tres hijos; uno del primer matrimonio y dos del segundo. Yo también soy separada, pero sin hijos.

Lorena hizo sombra con su mano derecha para evitar la luz de la tarde que entró con fuerza y la encandiló. Berlioz se paró y cerró las persianas grises de hoja delgada. De lejos se escuchaba el barullo del tráfico que congestionaba la carrera séptima.

—Mi marido me deslumbró con su simpatía cuando lo conocí. Yo nunca había estado con un hombre maduro. Estaba cansada de los pretendientes con los que salía, en su mayoría mercenarios emocionales —los ojos se le humedecieron.

Berlioz le pasó una caja de Kleenex que tenía en uno de los cajones del escritorio, pero ella prefirió sacar un pañuelito de tela de la cartera que reposaba sobre sus rodillas.

—Pero como usted lo sabrá de sobra por su profesión, en esta vida la felicidad no dura para siempre. Desde hace unos meses para acá Camilo viaja más de la cuenta. Si no está en el exterior, se la pasa en cocteles a los que ya no me invita. Generalmente llega tarde, pasado de tragos. Antes, él no era así —dos lagrimones desbordaron sus ojos. Lorena bajó la cabeza y los secó al instante. Tomó aire y prosiguió.

—Últimamente se hace el celoso y hasta le dio por ponerme un guardaespaldas, dizque por motivos de seguridad, lo cual dudo.

—Discúlpeme, pero no entiendo lo del guardaespaldas, señora. Si su vida no corre peligro, y él hizo eso, es porque tiene motivos para desconfiar de usted, ¿o me equivoco? —la interrumpió.

—Verá, en el fondo pienso que lo hizo para vigilarme y así poder estar tranquilo con su amante. Jorge, el guardaespaldas, parece mi sombra. Sólo falta que me acompañe al baño... —miró su reloj—. Logré deshacerme de él por una hora. Lo mandé a hacer unas vueltas.

—¿Sospecha de alguien en especial? —le preguntó Berlioz, mientras chupó la última bocanada de su cigarrillo.

—Sí, de la secretaria de gerencia. Se llama Alicia Manrique. Mi esposo creó el cargo para ella; por lo menos ese es el runrún que corre en la oficina.

Lorena sacó de su cartera un sobre de manila y lo colocó encima del escritorio.

—Adentro va encontrar fotos, además de información que puede serle útil. También hay una suma considerable de dinero para sus gastos y un adelanto de sus honorarios. Si necesita más, avíseme —se alistó para irse. Berlioz la detuvo con un movimiento de mano.

—¿Por qué no contrata un detective privado? Le puedo recomendar uno.

—Como le dije al comienzo, doctor Sánchez, me remitió su amigo Carlos Tamayo. Necesito alguien en quien confiar, no cualquier

investigador ramplón. Carlos dice que usted es mejor detective que abogado. Asegura que es una pasión que lo consume desde la universidad —hizo una pausa, como si temiera hablar más de la cuenta—. Averigüé sobre su pasado, ¿sabe? Usted se especializó en criminología, fue director del DAS por cuatro años y ha pasado media vida vinculado con la Fiscalía debido a su trabajo. Además, Carlos me habló del caso Soto.

La investigación contra Humberto Soto había acontecido muchos años atrás y había marcado un hito en la vida profesional de Berlioz. El despliegue de prensa, dado el peso del acusado, había sido proporcional al escándalo. Igual, le había costado muchas amenazas y un atentado que lo tuvo al borde de la muerte.

—¿Y si no acepto?

—Sería una lástima. Podría ser el caso de su vida— se rió con picardía.

Lorena guardó el pañuelito de tela en su cartera, se levantó de la silla, le tendió la mano, salió de la oficina y cerró la puerta con suavidad.

Berlioz se acercó a la ventana y abrió las persianas. Una mole inmensa de cemento y ladrillo, terminada hacía poco, le impedía apreciar el atardecer. El tráfico se movía en cámara lenta. Un rosario de buses, busetas, colectivos y taxis, serpenteaba sin ton ni son. Mientras andaban, cerraban a los vehículos particulares o se detenían para dejar y recoger pasajeros a su antojo. Una ambulancia, con la sirena y las luces de emergencia encendidas, trataba de avanzar con desespero por entre el caos vehicular.

Berlioz sintió una punzada fuerte en su cadera izquierda. Buscó el pastillero que guardaba en uno de los bolsillos de su saco, seleccionó dos pepas de analgésico y las tragó con agua. «Las balas sólo las extraen en las películas de vaqueros de Hollywood con un fierro candente, mi chinito», le había explicado su amigo y médico de cabecera,

Emilio Escalante. De los dos disparos del atentado, uno se había alojado en la pelvis y el otro le había perforado el pulmón derecho. Cuando la temperatura del día empezaba a bajar, el dolor se hacía insoportable.

Se dirigió a la biblioteca y puso a sonar una obra de Richard Wagner en su equipo de sonido compacto. Los acordes del primer acto de *Parsifal* llenaron el espacio. Se sirvió un trago doble de güisqui con tres cubos de hielo, encendió otro cigarrillo y dejó caer su cuerpo en el sofá de cuero. Su secretaria tocó a la puerta.

—¿Se le ofrece algo antes de que me retire, doctor?

—No, Doris. Váyase tranquila.

Dejó que la música del maestro alemán invadiera sus sentidos, como si fuera morfina para el dolor.